



Oración de Consagración a Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa

Postrado ante tu acatamiento, ¡Oh Virgen de la Medalla Milagrosa!, y después de saludarte en el augusto misterio de tu concepción sin mancha, te elijo, desde ahora para siempre, por mi Madre, Abogada, Reina y Señora de todas mis acciones y Protectora ante la majestad de Dios. Yo te prometo, virgen purísima, no olvidarte jamás, ni tu culto ni los intereses de tu gloria, a la vez que te prometo también promover en los que me rodean tu amor. Recíbeme, Madre tierna, desde este momento y sé para mí el refugio en esta vida y el sostén a la hora de la muerte. Amén.

Para obtener una gracia especial

¡Oh María, consuelo de cuantos te invocan! Escucha benigna la confiada oración que en mi necesidad elevo al trono de tu misericordia. ¿A quién podré recurrir mejor que a ti, Virgen bendita, que sólo respiras dignidad y clemencia, que dueña de todos los bienes de Dios, sólo piensas en difundirlos en torno vuestro? Sé pues mi amparo, mi esperanza en esta ocasión; y ya que devotamente pende de mi cuello la Medalla Milagrosa, prenda inestimable de tu amor, concédeme, Madre Inmaculada, concédeme la gracia que con tanta insistencia te pido.

Para obtener la conversión de un pecador

¡Oh Virgen Inmaculada, verdadera escala por donde pueden los pecadores llegar al reino de Dios! Muéstranos tal en la conversión de este infeliz que eficazmente encomendamos a tu patrocinio; ilumina su inteligencia con los rayos de luz divina que proyecta tu Medalla, para que conozca la vida peligrosa que arrastra, la inmensa desventura en que vive alejado de Dios y el terrible castigo que le espera; y, sobre todo, deja sentir tu influencia sobre su corazón para que llore la ingratitud con que mira a Dios, su Padre



amoroso, y a ti, su tierna y cariñosa Madre. Tiéndele tu mano ¡oh Virgen Purísima! arráncale del cautiverio del pecado, sácale de las tinieblas en que yace y condúcelo al reino de la luz, de la paz y de la divina gracia.

Para obtener la curación de un enfermo

¡Oh María, sin pecado concebida, cuya inmensa bondad y tierna misericordia no excluye el alivio de este amargo fruto de la culpa que se llama enfermedad de la cual es con frecuencia víctima nuestro miserable cuerpo! ¡Oh Madre piadosa, a quien la Iglesia llama confiada ¡Salud de los enfermos! Aquí me tienes implorando tu favor. Lo que tantos afligidos obtenían por la palabra de tu Hijo Jesús, obténgalo este querido enfermo, que te recomiendo, mediante la aplicación de tu Medalla. Que su eficacia, tantas veces probada y reconocida en todo el mundo, se manifieste una vez más: para que cuantos seamos testigos de este nuevo favor tuyo, podamos exclamar agradecidos: La Medalla Milagrosa le ha curado.

Para dar gracias por un favor recibido

¡Oh dulce y gloriosísima Virgen María! He dirigido mis humildes súplicas a tu trono, y he conocido por experiencia que nunca se te invoca en vano; que tus ojos miran complacidos a quien en tu presencia se postra; que tus oídos están atentos a nuestras plegarias; que tus manos vierten bendiciones a torrentes sobre el mundo entero, y en particular sobre los que llevan con confianza la Medalla Milagrosa. ¿Cómo pagarte, Madre Inmaculada, tanto favor? De ningún modo mejor que proclamando tu bondad y difundiendo por todas partes tu bendita Medalla, como me propongo hacerlo desde este día en testimonio de mi agradecimiento y de mi amor. Dame gracias, Madre mía, para llevarlo a cabo.



Oración de Juan Pablo II

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte Amén.

Oh María sin pecado concebida, ruega por nosotros que recurrimos a Vos. Ésta es la oración que tú inspiraste, oh María, a santa Catalina Labouré, y esta invocación, grabada en la medalla la llevan y pronuncian ahora muchos fieles por el mundo entero. ¡Bendita tú entre todas las mujeres! ¡Bienaventurada tú que has creído! ¡El Poderoso ha hecho maravillas en ti! ¡La maravilla de tu maternidad divina! Y con vistas a ésta, ¡la maravilla de tu Inmaculada Concepción! ¡La maravilla de tu fiat! ¡Has sido asociada tan íntimamente a toda la obra de nuestra redención, has sido asociada a la cruz de nuestro Salvador!

Tu corazón fue traspasado junto con su Corazón. Y ahora, en la gloria de tu Hijo, no cesas de interceder por nosotros, pobres pecadores. Velas sobre la Iglesia de la que eres Madre. Velas sobre cada uno de tus hijos. Obtienes de Dios para nosotros todas esas gracias que simbolizan los rayos de luz que irradian de tus manos abiertas. Con la única condición de que nos atrevemos a pedirte, de que nos acerquemos a ti con la confianza, osadía y sencillez de un niño. Y precisamente así nos encaminas sin cesar a tu Divino Hijo.

Te consagramos nuestras fuerzas y disponibilidad para estar al servicio del designio de salvación actuado por tu Hijo. Te pedimos que por medio del Espíritu Santo la fe se arraigue y consolide en todo el pueblo cristiano, que la comunión supere todos los gérmenes de división que la esperanza cobre nueva vida en los que están desalentados. Te pedimos por los que padecen



pruebas particulares, físicas o morales, por los que están tentados de infidelidad, por los que son zarandeados por la duda de un clima de incredulidad, y también por los que padecen persecución a causa de su fe.

Te confiamos el apostolado de los laicos, el ministerio de los sacerdotes, el testimonio de las religiosas.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.